

LOS INTELLECTUALES VALENCIANOS Y LA CULTURA BRITÁNICA DEL SIGLO XVIII *

Mónica Bolufer Peruga

Universitat de València

I. INTRODUCCIÓN. INGLATERRA Y ESPAÑA EN EL SIGLO DE LAS LUCES: PRESENCIA E INFLUENCIA CULTURAL

Los estudios sobre la cultura española del XVIII vienen destacando desde hace décadas la pluralidad de las influencias europeas, no reductible al influjo francés con el que durante mucho tiempo se identificó de forma exclusiva el Siglo de las Luces. Se reconoce así la importancia de los vínculos que en los ámbitos del pensamiento, las ciencias, las artes, los hábitos y costumbres sostuvo la Ilustración española con Italia, el mundo alemán o Gran Bretaña. Entre otros autores, Sánchez-Blanco ha reivindicado la influencia británica: “Se vive a la moda francesa pero se piensa a la inglesa (...): en el terreno del pensamiento –ya fuera el filosófico, ya fuera el político o el económico–, en España, como en el resto de Europa, el punto de referencia era Inglaterra y no Francia”; “no es exagerado afirmar que, hacia mitad de siglo, la anglomanía invade también España a pesar de las tensiones que pudieran existir en el terreno de la política internacional”.¹ Aunque la anterior afirmación pueda resultar un tanto excesiva, es cierto que la producción científica, filosófica y literaria inglesa fue conocida en España en muchas de sus manifestaciones, bien directamente o a través de versiones francesas, y algunas obras fueron traducidas al castellano. En el terreno filosófico, el empirismo de Francis Bacon o Robert Boyle ejerció gran influencia sobre los *novatores* a finales del siglo XVII, y en particular la epistemología de Locke se convirtió en tema de discusión y bandera de

* El presente estudio se enmarca dentro del proyecto de investigación titulado “La proyección europea de los ilustrados valencianos”, subvencionado por el *Plan valenciano de investigación científica, desarrollo tecnológico e innovación de la Generalitat Valenciana*, código GV 99-111-1-9.

¹ “En el siglo XVIII, Descartes, Gassendi, Boyle, Locke, Wolff, La Mettrie, Holbach y Rousseau son tan importantes para el desarrollo del pensamiento español como, en otras épocas, lo fueron Platón, Aristóteles o Tomás de Aquino”. Francisco Sánchez-Blanco Parody, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, 1991, p. 12.

modernidad en el XVIII.² Sus obras, no prohibidas por la Inquisición hasta 1804, circularon en versiones francesas y latinas y gozaron de una amplia recepción, en la medida en que conectaban con las posturas antiescolásticas a la vez que ofrecían una alternativa al racionalismo cartesiano.³ El modelo racionalista-matemático de Newton, cuya mención aparece ya en los escritos de Feijoo o en el *Mercurio literario* en 1739-40, tuvo, en cambio, una recepción menos intensa y suscitó mayores prevenciones, puesto que contradecía abiertamente la cosmología aristotélica; ello explica los problemas de Jorge Juan con la Inquisición por su defensa del sistema heliocéntrico copernicano y la mecánica de Newton en sus *Observaciones astronómicas* (1748), redactadas tras su participación en la expedición franco-española al Ecuador (1735-1744) que midió un grado del meridiano para zanjar la polémica entre cartesianos y newtonianos a propósito de las dimensiones de la Tierra.⁴

En el ámbito pedagógico, los *Some thoughts concerning education* (1693) de Locke fueron ampliamente leídos, casi siempre en su versión francesa de 1695, e influyeron en los escritos educativos de autores como Josefa Amar, Juan Mariano Picornell o José Marchena, entre otros muchos, aunque su traducción castellana hubiera de esperar casi un siglo.⁵ El pensamiento económico británico se abrió camino en España de forma algo tardía, difundándose a través de extractos, publicados en periódicos como la *Gaceta de Madrid* o el *Mercurio*, de obras de los agraristas o de Malthus, y también de traducciones como la de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1794), signo de su influencia en el incipiente liberalismo de las últimas décadas del siglo.⁶ También en su vertiente política de crítica al absolutismo monárquico el tardío liberalismo español se apoyó en el referente del sistema parlamentario inglés y de su justificación teórica por pensa-

² F. Sánchez-Blanco, *Europa...*, op. cit., esp. pp. 33-34, 55-58, 71-85, 199-213.

³ Así, Mayans, lector de Bacon desde su juventud y felicitado por ello por el deán Martí, conoció bien también las obras de Locke, que aconsejó a amigos como Piquer y Nebot y cuyo influjo ha sido apreciado en su propia concepción filosófica (Gregorio Mayans, *Razonatoría*. Ed. de A. Mestre y estudio preliminar de J. J. Garrido, Valencia, 1999). Véase también Antonio Mestre, "Mi encuentro con el mundo cultural de Mayans", en *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans y su tiempo*. Valencia, 1999, pp. 13-47, esp. pp. 27-28).

⁴ "El nombre de Newton fue desconocido casi hasta ahora en España, divulgado entre vosotros por Ulloa y Juan", afirmó Meerman en carta a Mayans, quien apoyó a Jorge Juan en este conflicto (A. Mestre, *Don Gregorio Mayans y Sisear, entre la erudición y la política*. Valencia, 1999, pp. 232 y 268). En general, opina Sánchez-Blanco, el sistema newtoniano no fue comprendido ni asimilado en todas sus dimensiones por los ilustrados españoles.

⁵ Apareció finalmente en 1797, con el título de *La educación de los niños*. León Esteban, "Las obras «ilustradas» sobre educación y su recepción en España", en *La educación en la Ilustración española*, número especial de *Revista de Educación* (1988), pp. 135-160.

⁶ Antonio Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid, 1970.

dores como Locke, junto con otras influencias francesas como la doctrina rousseauiana del pacto social.⁷ En Medicina y Cirugía, la escuela de Edimburgo gozó de gran prestigio en la España del siglo XVIII. Uno de los más célebres cirujanos de la época, Antoni Gimbernat (1734-1816), amplió su formación en Inglaterra, donde conoció al famoso John Hunter, a quien mostró sus nuevas técnicas operatorias, que tuvieron una buena acogida fuera de España (*Nuevo método para operar la hernia crural*, 1793).

En el mundo literario, la poesía ilustrada y prerromántica inglesa tuvo en España, como en el resto del continente, una notable recepción: los poemas de Alexander Pope, en particular el célebre *An Essay on Man* (1734), impregnados de un sentimiento deísta de armonía del universo siguiendo las leyes de la naturaleza, inspiraron a partir de los 1770 la nueva poesía filosófica de Trigueros, Samaniego o Meléndez Valdés, mientras que la producción de Edward Young influyó sobre M^a Gertrudis de Hore o sobre las *Noches lúgubres* de Cadalso.⁸ La prensa de costumbres, que floreció en nuestro país en la década de los 1760 (*El Pensador*, *La Pensadora Gaditana*, *El hablador juicioso*, *El duende especulativo...*) y de nuevo, tras un periodo de crisis, en los 80 (*El Censor*), siguió en buena medida el modelo establecido por la crítica costumbrista de los ingleses *The Spectator* (Addison y Steele) o *The Rambler* (Samuel Johnson), muchos de cuyos artículos fueron traducidos y adaptados (por lo común sin citar procedencia) en las publicaciones españolas.⁹

Sin embargo, el género que más intensamente acusó la influencia inglesa fue la novela. Textos satíricos como los de Swift y Charlotte Lennox, pero sobre todo obras representativas de la moderna novela moral de ambientación contemporánea, estilo realista y tono sentimental, como las de Richardson y Fielding o, más avanzado el siglo, Frances Sheridan, Anne Radcliffe, Elizabeth Helme o Sophie Lee, fueron traducidas (habitualmente a partir del francés), adaptadas a las "costumbres españolas" y acogidas con entusiasmo por los lectores.¹⁰ En especial, Richardson fue enormemente apreciado como paradigma de la novela moral, leído con devoción por ilustrados como Jovellanos e imitado por autores que, como García Malo, Mor de Fuentes, Valladares de Sotomayor o Tójar, introdujeron en España

⁷ José A. Maravall, "Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español", en *Estudios de historia del pensamiento español. El siglo XVIII*. Madrid, 1991, pp. 61-81; A. Elorza, *La ideología...*, op. cit.

⁸ F. Sánchez-Blanco, *Europa...*, op. cit., pp. 302 y 329-332.

⁹ Paul Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*. París, 1973, pp. 135-137, 160-200, 291-350.

¹⁰ J. Álvarez Barrientos, *La novela del siglo XVIII*. Madrid, 1991, esp. pp. 15-18, 66-68, 103, 133-134, 177-180, 202-205, 223-227, 276, 289-290, 322, 352-353. También P. Deacon, "La novela inglesa en la España del siglo XVIII: fortuna y adversidades", en *Actas del I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII*. Aimería, 1998, pp. 125-139.

en las últimas décadas del siglo la “revolución sentimental” ya entonces ampliamente difundida en la literatura y la sociedad europea.

En el sentido inverso, el conocimiento de la cultura española en Gran Bretaña fue relativamente escaso en el siglo XVIII. En esa época, y a diferencia de lo que sucedería en el siglo XIX, pocos bibliófilos ingleses poseían libros españoles (salvo excepciones como las bibliotecas de Anthony Collins, el conde de Oxford, Martin Folkes, el general Dormer, los eruditos Thomas Crofts y John Bowle o el comerciante David Steuart, puestas a la venta entre 1730 y 1801), a causa, en opinión de Nigel Glendinning, de la escasa oferta existente en Inglaterra más que de la ausencia de demanda.¹¹ En cualquier caso, las circunstancias se transformarían a partir de las primeras décadas del siglo XIX, cuando las subastas de libros españoles en Inglaterra se multiplicaron (vendiéndose, entre otras, las bibliotecas de Gregorio Mayans, José A. Conde y Juan de Iriarte), como consecuencia de diversos factores políticos y culturales: la intervención británica en la Guerra de Independencia española, las traducciones y estudios literarios de Robert Southey y Lord Holland, el auge del romanticismo, el proceso emancipador de las colonias americanas y el exilio de liberales españoles en Inglaterra, que concurrieron para avivar el interés por la cultura y la literatura hispanas.¹²

Bien conocidos por el público culto inglés eran los autores del Siglo de Oro: Quevedo, Lope de Vega, Calderón y, muy especialmente, Cervantes, cuyo *Quijote* fue traducido al inglés en diversas ocasiones durante los siglos XVII y XVIII, incluyendo la lujosa edición patrocinada por Lord Carteret en 1738, acompañada de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* de Mayans, que se reeditó en 1747 y 1756 y se tradujo posteriormente al francés y el alemán.¹³ La novela cervantina ejerció, según estudios recientes, gran influencia sobre los novelistas ingleses del siglo XVIII (Defoe, Swift, Smollet, Johnson, Richardson, Fielding o Sterne) y gozó de gran popularidad entre un público amplio, como testimonia la novela de Charlotte Lennox *The Female Quixotte* (1752).¹⁴ Mucho menos conocidos eran en Inglaterra los autores españoles contemporáneos, en una época en la que España pugnaba por superar su atraso cultural secular incorporándose a las nuevas corrientes intelectuales, pero seguía proyectando en Europa la imagen negativa expresada en las *Lettres persannes* de Montesquieu o en los relatos de viajes. En este sentido, periodistas, escritores y viajeros ingleses se lamen-

¹¹ Gabriel Sánchez Espinosa, “Los libros españoles del comerciante escocés David Steuart”, *Revista de Literatura*, LXII/123 (2000), pp. 205-236, datos en p. 206.

¹² *Ibidem*, p. 205.

¹³ Gregorio Mayans y Siscar, *The life of Michael de Cervantes Saavedra. Written by Don Gregorio Mayans & Siscar, his Catholick Majesty's Library Keeper. Translated from the Spanish Manuscript by Mr. Ozell*. London, J. and R. Tonson, 1788.

¹⁴ Sobre esta influencia véase J. Álvarez Barrientos, *La novela...*, pp. 16 y 22-23.

taron con frecuencia de la escasez de noticias sobre las letras hispanas de su tiempo. Así, el traductor de uno de los discursos de Feijoo se disculpó ante sus lectores por no ofrecerles información más detallada acerca del autor, alegando que: “No fallece un gran hombre en Francia, Holanda, Alemania o Italia sin que aparezca la noticia en los periódicos, mientras que por lo que respecta al estado de las letras en España, se nos mantiene en la oscuridad”.¹⁵ El propio Feijoo, cuyo talento divulgador le granjeó gran fama y éxito en su país, fue uno de los autores del siglo XVIII español más difundidos en la Inglaterra de la época. Los ensayos de su *Teatro crítico* se tradujeron tanto de forma conjunta, en ediciones de discursos escogidos, como de modo individual, presentándose por sus editores ingleses como obras aptas para proporcionar “entretenimiento e instrucción” a un amplio público.¹⁶ La novela satírica del P. Isla *Fray Gerundio de Campazas*, una de las pocas obras españolas de ficción traducidas al inglés (en 1772), gozó también de cierta popularidad entre el público británico.

El interés de los lectores ingleses por la historia y colonización de la América española, en particular para tomar de ella argumentos que permitiesen defender la labor colonizadora de Gran Bretaña, explica que una obra como la *Relación histórica del viaje a la América meridional* de Antonio Ulloa y Jorge Juan fuese bien conocida en Inglaterra a través de su traducción.¹⁷ La *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz vio también la luz en inglés en 1797, en un cuidado volumen con grabados y notas tomadas en su mayoría de la edición alemana a cargo del historiador Sprengel. El prefacio del traductor, muy elogioso, presentaba la obra como superior no sólo a todos los cronistas e historiadores americanos sino también a la célebre *History of America* (1777) del escocés William Robertson, y ello tanto por su método crítico y erudito como por la amplitud de sus objetivos: trazar una historia general del descubrimiento, exploración y colonización del Nuevo Mundo con un análisis comparativo respecto a las experiencias coloniales de otros países.¹⁸ Aunque el primer volumen (y único

¹⁵ B. J. Feijoo, *An Essay on the Learning, Genius, and Abilities of the Fair Sex, proving them not inferior to man...* Translated from the Spanish of El Teatro Crítico. Londres, D. Steel, 1774, “Dedication”, p. XI.

¹⁶ B. J. Feijoo, *Essays or Discourses selected from the works of Feijoo and translated from the Spanish by J. Brett*. 4 vols. Londres, H. Payne, 1740 (reimpresos en 1780), “Translator's preface”, pp. V-XI.

¹⁷ Richard Twiss, *Viaje por España en 1773*. Ed. de Miguel Delgado Yoldi. Madrid, 1999, p. 281. También tuvo traducción al inglés el *Examen marítimo teórico práctico* (1771) de Jorge Juan.

¹⁸ “From the candour, learning, patience and industry of the Author, he appears to have been well calculated for the execution of the undertaking, which was committed to his trust by his Sovereign. It must be confessed that he has not only kept pace with all the American historians, but surpassed them in the narration contained in this Volume, may be seen by a comparison of the present Specimen, with all their printed works, early as well as modern.

publicado) sólo abordara los viajes de Colón, su traductor inglés apreció, de acuerdo con los valores de la historiografía ilustrada, la minuciosa exhumación y estudio de un impresionante conjunto de fuentes documentales de primera mano, así como la capacidad del autor para captar lo verdaderamente importante y para reconstruir los “sentimientos y forma de pensar” (“the sentiments and cast of thought”) de la época estudiada, y expresó su interés por hacer llegar al público inglés los siguientes volúmenes de la obra.

Junto a las escasas traducciones de obras españolas al inglés, los testimonios de los viajeros británicos que visitaron nuestro país en el siglo XVIII son indicativos del grado de conocimiento que la sociedad inglesa tuvo de la cultura española. Al mismo tiempo, sus relatos contribuyeron a divulgar entre sus compatriotas una imagen de España que, por una parte, subrayaba el atraso intelectual y científico del país y, por otra, advertía los progresos recientes, valorando su alcance y sus límites. Para los viajeros europeos, entre ellos los ingleses, la Península Ibérica constituía un destino exótico, alejado de las trilladas rutas del *Grand Tour*, que ofrecía el atractivo de un recorrido novedoso y el aliciente de poder ofrecer a los lectores de literatura de viajes informaciones más interesantes por menos conocidas. Así, Richard Twiss escribió a propósito de su periplo de 1773:

Después de haber dedicado varios años a viajar por Inglaterra, Escocia, Holanda, Flandes, Suiza, Italia, Alemania, Bohemia, etc., el gusto por la variedad, o la curiosidad de ver cosas nuevas, seguían todavía tan vivos que tomé la decisión de visitar España y Portugal; y me hacía estar aún más deseoso el hecho de que nunca había visto una relación satisfactoria de esos dos reinos, con lo que *me prometía disfrutar de cosas enteramente nuevas en países que imaginaba que estaban muy por detrás del resto de Europa en cuanto a artes y literatura*.¹⁹

En efecto, los relatos de los viajeros por la España del siglo XVIII constituyen, en buena medida, el inventario de un atraso cultural. La ignorancia, la “falta de educación general y conocimientos” de los españoles son lugares comunes presentes en todos ellos.²⁰ Una indigencia cultural que, de for-

Amongst the latter, the writings of Dr. Robertson confessedly hold the first rank (at least in our country) in felicity of expression, and brilliancy of stile; but in point of intrinsic merit, and a regular series of interesting facts, Mr. Munoz, it is presumed, will be allowed to take the lead, and this might be naturally expected, as he had access to a vast number of documents and original papers, which lay buried in dust and oblivion, unknown to the Doctor, or to any one else, till our author called them into light and order”. Juan Bautista Muñoz, *The History of the New World, translated from the Spanish, with notes by the translator. Vol. 1*. Londres, 1797, “Advertisement”, pp. VI-VII. En esta y sucesivas citas en inglés y en francés se ha mantenido la ortografía original.

¹⁹ R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 49.

²⁰ E. Clarke, *Letters concerning the Spanish nation: written at Madrid during the years 1760 and 1761*. Londres, T. Becket y P. A. de Hondt, 1763, p. II.

ma casi invariable, los visitantes británicos interpretan en clave política, como producto de la falta de libertades, el absolutismo regio, el inmenso poder de la Iglesia y, en particular, el control inquisitorial de la cultura (muchos ignoraron, en cambio, el papel de la censura gubernamental previa).²¹ Con ese espíritu denuncian la pobreza intelectual y el atraso de las Universidades, “instituciones frailunas”, en expresión tan despectiva como certera de Alexander Jardine.²² Algunos de ellos aprecian como signos de incipiente progreso la fundación en el siglo XVIII de nuevas instituciones culturales y reformistas como la Biblioteca Real, las Academias artísticas y literarias o las Sociedades Económicas. Sin embargo, respecto a estas últimas sus opiniones difieren entre quienes, al modo de Joseph Townsend, elogian su espíritu patriótico, y los que, como Henry Swinburne o Alexander Jardine, ponen el énfasis, escépticos, en la disparidad entre sus buenas intenciones y sus resultados efectivos.²³ Entre las publicaciones periódicas, instrumentos culturales cuyo auge fue mucho más tardío y precario en España que en Inglaterra, además de la obligada referencia a las oficiales (la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio histórico político*), merecen comentarios elogiosos otras como *El Pensador*, *El cajón de sastre* o *La Pensadora Gacitana* (de la que Twiss ofreció un amplio resumen de contenidos, alabando su calidad e interés y afirmando que “merece ser traducida al inglés”).²⁴

El atraso científico del país es otro tema recurrente, aunque los viajeros mejor informados o más optimistas adviertan también el buen nivel de la Botánica, el papel renovador de establecimientos como el gabinete de Historia natural y los observatorios astronómicos, o la mejor formación de las nuevas generaciones de médicos españoles, familiarizados ya a la altura de 1784 con los avances de la Medicina europea.²⁵ Tampoco les pasaron desapercibidas transformaciones sociales de más hondo calado, como el dinamismo de ciudades como Cádiz y Barcelona o el papel que en la Corte ejercía la nobleza ilustrada, cuyas prácticas de lectura, mecenazgo, colec-

²¹ *Ibidem*, p. 50. R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 232. Sobre la visión de la cultura española en los viajeros ingleses, véase Ana Clara Guerrero, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1990, pp. 382-398.

²² Alexander Jardine, *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal by an English officer*. Londres, T. Cadell, 1788, vol. II, pp. 146-147. E. Clarke, *Letters...*, op. cit., pp. 79-81. R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 52.

²³ Joseph Townsend, *Viaje por España en los años 1786 y 1787* (Dublín, 1792), en José García Mercadal (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal. El siglo XVIII*. Madrid, 1962; pp. 1362-1364 sobre las Academias de Barcelona y 1410-1411 sobre las Academias de la Historia y de San Fernando y el gabinete de Historia natural, pp. 1532-1535 para Sevilla. A. Jardine, *Letters...*, op. cit., p. 125.

²⁴ E. Clarke, *Letters...*, op. cit., p. 65; R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., pp. 282-283.

²⁵ E. Clarke, *Letters...*, op. cit., p. 56; J. Townsend, *Viaje...*, op. cit., pp. 1520-21 y 1647; R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 199.

cionismo y sociabilidad cultural, similares a las de la aristocracia europea, constituían un elemento dinamizador en el panorama cultural del país.²⁶

Por lo que respecta a los autores más destacados en el panorama intelectual español, algunos viajeros particularmente interesados en el estado de las ciencias, como Townsend, reservan una mención especial a personajes como los marinos y matemáticos Antonio Ulloa y Jorge Juan, los naturalistas Casimiro Ortega, Cavanilles, Eugenio Izquierdo y Clavijo, o el médico Gaspar Casal.²⁷ Entre los literatos y eruditos, además de las inevitables referencias a los autores del Siglo de Oro, los viajeros consignan los nombres de Mayans, el preceptor de los infantes Pérez Bayer, el arabista Miguel Casiri, Antonio Ponz (cuyo *Viaje a España* les sirvió de guía sobre cuestiones artísticas y monumentales), Asso, Iriarte, Ignacio de Luzán y su *Arte Poética*, el P. Isla (con su célebre *Fray Gerundio*) o el autor de *Los eruditos a la violeta* (obra de José Cadalso publicada bajo pseudónimo).²⁸ Son, sin embargo, las figuras de Feijoo, entre los escritores, y Campomanes, entre los hombres de letras que ejercieron cargos políticos, las nombradas con mayor frecuencia y en un tono más elogioso, aunque respecto al primero los pareceres se dividan entre quienes ensalzan su papel difusor de las Luces y su celebridad en España y fuera de ella (como Townsend, que visitó su convento para “rendir culto a la memoria del padre Feijoo, cuya fama se ha extendido hasta las naciones más distantes”) y quienes opinan que su mérito ha sido sobrevalorado (así Jardine, para quien “difícilmente se igualaría a nuestros escritores más medianos del pasado siglo”).²⁹

Las revistas literarias constituyeron otra fuente de información para los lectores ingleses sobre el estado de las letras en España. En este sentido, una cata efectuada para el último tercio del siglo XVIII en la *Critical Review*, dedicada fundamentalmente a la reseña de publicaciones contemporáneas, inglesas y extranjeras, resulta hasta cierto punto indicativa de presencias y ausencias (aun sin menospreciar el papel del azar en la recepción de datos o el criterio particular de sus editores).³⁰ Las referencias a España aparecen en muchos casos a partir de los relatos de viajeros ingleses (Clarke, Talbot Dillon, Twiss, Townsend...), pero también franceses o italianos (Bourgoing, Caimo...). Así, entre otros, los *Travels through Portugal and Spain* de Twiss fueron valorados en 1775 en la *Critical Review* por la minu-

²⁶ J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1450, 1574, R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 122-123, 180.

²⁷ J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1402, 1410-1416, 1447-48, 1520-21; R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, p. 281.

²⁸ William Dalrymple, *Viaje a España y Portugal en 1774*, en J. García Mercadal, *Viajes...*, *op. cit.*, pp. 668-669, 676; R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, apéndice V, pp. 251-286.

²⁹ J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1399, 1410-11 y 1552; A. Jardine, *Letters...*, *op. cit.*, pp. 79 y 177, sobre Campomanes y Feijoo respectivamente.

³⁰ En total, se han vaciado 23 volúmenes entre los años 1763 y 1797.

ciosidad de sus observaciones, las *Letters from an English traveller in Spain* y *On the Origin and Progress of Poetry in that Kingdom* de Talbot Dillon lo fueron en 1781 por haber proporcionado material para una historia literaria de España que contradijera el juicio despectivo de Montesquieu, y al *Journey through Spain* de Townsend se le dedicó en 1791-92 un amplísimo resumen de 24 páginas que subrayaba su visión de los obstáculos políticos que impedían el desarrollo del país y sus propuestas de reforma.³¹ En suma, la imagen de España llegó a los lectores de la *Critical Review*, como al público inglés en general, en buena medida a través del prisma de la literatura de viajes, que presentaba el país fundamentalmente como un ejemplo de las consecuencias que el “despotismo” político, la superstición religiosa y la falta de libertades tenían tanto en el plano económico como cultural y, en este sentido, como una prueba *a contrario* de las excelencias de la constitución británica.³² Un segundo tema que puede individualizarse a partir de la *Critical Review* es el de la historia de América y la polémica internacional sobre los méritos relativos de la colonización española e inglesa, que dio lugar a numerosas publicaciones históricas o apologéticas, algunas de las cuales, como las *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnuoli nelle Indie*, del abate Nuix, aparecen reseñadas en la revista (vol. 51, 1781, p. 223).

Más allá de esas recensiones de literatura de viajes e historias de América o de la ocasional reseña de traducciones de obras españolas (como los ensayos de Feijoo), las noticias sobre las letras en España son más bien escasas en la *Critical Review*. Las secciones fijas tituladas “Foreign articles” y “Foreign literature intelligence” no suelen contener referencias a publicaciones españolas, aunque mencionen con frecuencia obras publicadas en los centros editoriales franceses y alemanes (París, Viena, Leipzig, Berlín...) y, en menor medida, italianos, holandeses, suecos o daneses, lo que traduce tanto la debilidad del mundo de la edición española como la escasez de canales fluidos de comunicación de las novedades en ese campo. De hecho, los editores de la revista lamentaron la escasez de sus informaciones y apelaron a la colaboración de sus lectores para comunicarles datos y faci-

³¹ *Critical Review*, 1775, vol. 39, pp. 303-310 y 351-358; 1781, vol. 51, pp. 42-47 y 110-119; 1791, vol. 1, pp. 393-403 y 1792, vol. 2, pp. 142-154, respectivamente. En la LXXVIII de las *Lettres persannes*, Montesquieu afirma la general ignorancia y atraso del país, juicio que tuvo gran difusión en Inglaterra y del que se hace eco la *Critical Review*. “It is observed, with more severity than truth, by a celebrated French writer, that «the Spaniards have but one book, and that one shews the ridicule of all the others»” (1781, vol. 51, p. 337).

³² “Where we cannot collect any valuable acquisition to the arts or sciences, we may at least behold the inconveniences that arise from the deficiency of them”, escribían los editores de la *Critical Review* (1775, vol. 39, p. 304) sobre la utilidad del viaje a España y su relato literario.

litarles contactos con eruditos españoles.³³ A partir de los años 1780, en efecto, tales noticias comienzan a aparecer con mayor regularidad, dándose a conocer obras de los más diversos géneros (literarias, científicas, históricas...): trabajos del marqués de Mondéjar, Iriarte, los botánicos Cavanilles, José Pavón y José Quer, Juan Bautista Muñoz, Masdeu, Capmany o el abate Andrés, la *Colección de crónicas de Castilla*, la edición del *Quijote* por la Real Academia en 1781 o la traducción de Salustio atribuida al infante Don Gabriel, que, difundida en una magnífica edición como muestra propagandística del progreso de las letras en España, contribuyó a afianzar el prestigio e influencia del preceptor Pérez Bayer. De esas y otras publicaciones se informa en entradas por lo común limitadas al título y fecha de la edición, que en algunos casos se amplían con comentarios o elogios del autor y sus obras. Asimismo, la *Critical Review* ofrece en 1787 un amplio informe sobre los objetivos y actividades de la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, presentando el surgimiento de esas instituciones como una voluntariosa iniciativa reformista y un signo de reactivación de la vida cultural en España: “La nación española está empezando a emerger de su indolencia: los españoles se están convirtiendo en buenos químicos, buenos filósofos, buenos médicos y buenos patriotas” (vol. 63, 1787, p. 140).

Estos ejemplos de traducciones, relatos de viajes y reseñas en revistas literarias, aunque limitados en su alcance, proporcionan algunos signos sobre la influencia de la cultura y las letras inglesas en la España del siglo XVIII, así como, a la inversa, sobre la medida en que las nuevas actitudes culturales modificaron la difundida imagen de atraso y oscurantismo proyectada por España desde la Contrarreforma en Inglaterra y en el conjunto de Europa. Este esbozo de muy amplios trazos sobre las relaciones culturales hispano-británicas sólo puede precisarse y matizarse a partir de análisis ceñidos a los límites de un determinado género, autor o círculo, como los ya realizados o en curso sobre la novela, la literatura económica y política o los contenidos de bibliotecas particulares. Las páginas siguientes pretenden contribuir al estudio de estas relaciones a partir de un grupo concreto de intelectuales y eruditos, los hombres de letras valencianos y en particular aquellos que configuraron una comunidad intelectual unida por vínculos personales y epistolares en torno a la figura influyente y longeva de Gregorio Mayans. Acotando todavía más el terreno, nos ceñiremos a tres ámbitos: los contactos de los viajeros ingleses con el ambiente cultural valencia-

no, las relaciones epistolares de Mayans con eruditos británicos y, para cerrar el círculo de la representación mutua en el espejo de la literatura de viajes, la presencia de lo inglés en el *Viaje fuera de España* de Antonio Ponz.

2. LOS VIAJEROS INGLESES Y EL AMBIENTE CULTURAL VALENCIANO

Algunos de los viajeros ingleses que llegaron a España en el siglo XVIII y publicaron relaciones de su viaje visitaron la ciudad de Valencia, donde entraron en contacto con las instituciones y círculos culturales, o bien trabaron, en la Corte o de forma epistolar, relaciones con hombres de letras valencianos. El primero y uno de los más conocidos ejemplos es el del clérigo anglicano Edward Clarke (1730-1786), que llegó a España en 1760 como capellán de la embajada británica en Madrid y, tras volver a Gran Bretaña en 1761 ante la inminencia de una guerra, fue destinado en 1763 a Menorca (en poder de los ingleses hasta el tratado de Versalles de 1783) como capellán y secretario del gobernador.³⁴ De regreso a su país, desempeñó cargos eclesiásticos y fue educador de jóvenes caballeros, algunos de los cuales llegaron a ocupar importantes puestos en el gobierno de William Pitt. Estudiante de las lenguas clásicas formado en la Universidad de Cambridge, Clarke publicó diversas obras en las que se aprecia su talento intelectual. En 1755, una carta en verso a un amigo imaginario de viaje por Italia y un largo poema dedicado a la obra de Montfaucon, obras de exaltación de la herencia artística y literaria de la Antigüedad y su recuperación por el humanismo renacentista y el criticismo erudito frente a la “barbarie” medieval; en 1759, un sermón en acción de gracias por una victoria naval inglesa, pieza de circunstancias llena de erudición clásica y bíblica; en 1767, una defensa de la labor del gobernador Johnston frente a las quejas contra sus abusos contenidas en un folleto anónimo, en la que sostiene el carácter moderado y razonable del gobierno británico y su respeto hacia las tradiciones autóctonas, acusando a los menorquines de aversión a los ingleses, resistencia ilegítima y colaboracionismo con la reciente ocupación francesa (“a particular aversion to the customs, and everything that was English”).³⁵

³⁴ Datos biográficos tomados de A. C. Guerrero, *Viajeros...*, op. cit., pp. 57-59.

³⁵ E. Clarke, *A letter to a friend in Italy. And verses occasioned on reading Montfaucon*. Londres, R. Baldwin, 1755. *A thanksgiving sermon preached at the Rolls-Chapel, dec. 9, 1759. Being the day appointed to return thanks...for the victory gained over the French fleet on the 20th of November last*. Londres, Thomas Payne, 1759; *A defence of the conduct of the lieutenant-governor of the island of Minorca. In reply to a printed label (An Account of the Deplorable State of the Island of Minorca, and of the many injuries done to the inhabitants under the command of Lieutenant-Governor Johnston) secretly dispersed, without a name, and which is annexed to this account*. Londres, T. Beckett & P. A. de Hondt, 1767 (el texto del libelo anónimo se reproduce en pp. 61-74).

³³ Bajo el epígrafe “Portugal”, reconocen sus esfuerzos baldíos por obtener datos más abundantes y actualizados: “Our defect of information concerning Spanish and Portuguese literature we regret; and should be happy if any learned correspondent would enable us to supply it. Endeavours on our part have not been wanting, and though it is believed that a literary Journal, called the Memoria literaria [sic], is still published at Madrid, we have not been able to procure recent Numbers” (*Critical Review*, 1792, vol. 4, p. 545).

Sin embargo, su obra más conocida fueron sus *Letters on the Spanish nation*, redactadas durante su estancia en España y publicadas en Londres en 1763. En el prefacio, donde era de rigor en todos los relatos de viajes que el autor se justificara defendiendo la objetividad y utilidad de su testimonio, Clarke afirma querer contrarrestar la imagen tergiversada de España imperante entre el público británico por el influjo de obras novelescas (*romance-accounts*) que se negaban a admitir el cambio de costumbres del país y la influencia francesa, de relatos de viaje anticuados, “que fueron en otra época verdad, pero ya no son una correcta descripción de los españoles”, o bien de las relaciones modernas, escasas y poco veraces. A pesar de sus gustos clásicos, Clarke ironiza sobre aquellos obsesionados por dar a conocer “una moneda herrumbrosa” o “una inscripción semiborrada”. En efecto, sus cartas se sitúan más bien en un momento de transición entre las preocupaciones fundamentalmente anticuarias de viajeros precedentes y el relato de viajes al gusto ilustrado, interesado no sólo por las antigüedades, sino también por las instituciones y la vida productiva y cultural del país recorrido, que se impondría en el último tercio del siglo.³⁶

Pese a la sequedad de su estilo y la aridez de las enumeraciones que las pueblan (desde listas de pesas y medidas a otras de universidades, categorías nobiliarias, obispos o literatos), las *Letters* de Clarke participan de las teorías de la civilización propias del pensamiento ilustrado, que relacionaban de modo estrecho los sistemas políticos con las formas sociales, la economía y la cultura de los países descritos. Su visión de la vida intelectual española parte de este enfoque filosófico y político, común a muchos otros viajeros ingleses, que consideraban el atraso intelectual del país como un resultado del control político y religioso, es decir, de “la falta de libertad de prensa y el estar sujeta a la censura de la Inquisición” (incomodidades que él mismo experimentó al ser retenido su equipaje en la frontera en busca de libros prohibidos).³⁷ Clarke realiza así un matizado elogio de los logros científicos y literarios del país, pasados y presentes, aunque afirmando que su verdadero florecimiento sólo podría producirse en las condiciones de constitucionalismo político, tolerancia religiosa y libertad intelectual propias del sistema británico.

Desde esa perspectiva, Clarke ofrece una breve y desigual revisión del estado de las diferentes disciplinas, para concluir con un catálogo de autores y obras clasificados en dos categorías: la Historia y el resto de materias, bajo el epígrafe de “libros y autores misceláneos”.³⁸ Por lo que respecta a

³⁶ E. Clarke, *Letters...*, *op. cit.*, “Preface”, p. I.

³⁷ *Ibidem*, pp. 8, 49, 336.

³⁸ “It is a matter of much surprize to me, when I consider things in this light, to find that the Spaniards are advanced so far as they are in arts and science, than to wonder, that they are got no farther” (*ibidem*, p. 50). El catálogo de autores españoles configura las pp. 66-79.

la Medicina, se limita a reproducir el tópico del atraso y el excesivo uso de la sangría y a traducir dos discursos de Feijoo (como le reprocharían ácidamente sus críticos), aunque en su catálogo incluya también las obras de Piquer o las del religioso Antonio José Rodríguez (pp. 55-64). En Teología y Filosofía, critica la general ignorancia de los frailes y la vigencia de la escolástica en las Universidades españolas (clamando contra Aristóteles, Scotto y Tomás de Aquino, “un triunvirato más peligroso para la libertad de la mente que aquellos de la antigua Roma para sus libertades”, pp. 51-53 y 336). En lo referente a la historia, la erudición o la literatura se muestra mejor informado y, además de reservar una mención especial a la Biblia Políglota Complutense, cita con elogio a los clásicos de los siglos XVI y XVII.³⁹ También se refiere a algunos “literatos modernos”: los ensayistas Feijoo y Sarmiento, los historiadores, filólogos y anticuarios Ponce, Pérez Pastor, Flórez, Burriel, Miñana, Ximeno, marqueses de San Felipe y Valdeflores, el conde de Gazola o Miguel Casiri, los científicos Rodríguez, Piquer, Capdevila, Jorge Juan o el novelista P. Isla (pp. 77-79).

La información necesaria para redactar las *Letters* y en concreto la carta IV (“Sobre el estado de la literatura, las letras y los eruditos en España”) debió llegarle a través de los hombres de letras españoles con los que entabló contactos, a pesar de sus dificultades de comunicación por su ignorancia del español y sus problemas para hacerse entender en latín pronunciado al modo inglés. En efecto, Clarke dedica sus menciones más extensas a dos eruditos valencianos, Mayans y Pérez Bayer, no sólo por reconocimiento hacia su trabajo intelectual, sino también en gratitud por sus atenciones: de Mayans destaca su longevidad intelectual, su renuncia al cargo de bibliotecario en 1740 y su fama entre los hombres de letras europeos; de Pérez Bayer, su dominio del hebreo y otras lenguas orientales, sus obras eruditas, su valiosa colección de monedas y manuscritos y su ofrecimiento de colaborar con el hebraísta inglés Kennicott.⁴⁰ Fue Carlos C. Plüer, agregado cultural de la embajada danesa en Madrid, quien lo puso en contacto con Mayans. A petición de Clarke le envió, con autorización de Mayans, la carta escrita por éste al orientalista alemán David Michaelis sobre el estado de los estudios arabistas y hebraístas en España (fecha el 23 de diciembre de 1758) y otra al embajador Keene sobre la Biblia Políglota Complutense (de junio de 1754).

³⁹ Mariana, Mendoza, Florián Ocampo, Ambrosio Morales, los cronistas americanos, Antonio Agustín, Alonso de Ercilla, Pineda, Nebrija, Garcilaso, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Guevara o Góngora, en pp. 52-54 y 65.

⁴⁰ Refiere los elogios de Muratori, John Burcard Menkenius y su hijo, Friedrich Otto Menkenius, Christian August Heumann, Marcus Augustus Beyer, Gottfried Mascou, Johann Gottlieb Heineccius, Peter Wesseling y el conde de Granville, y alude también a los trabajos de Juan Antonio, a la vez que expresa su agradecimiento: “As I was much obliged to this gentleman for the favour of his correspondence, I could not refuse this little acknowledgement” (*ibidem*, p. 78); similar gratitud expresa hacia Pérez Bayer.

Ambas epístolas fueron reproducidas por Clarke en sus *Letters*, junto con dos cartas latinas dirigidas al propio Clarke por Pérez Bayer y Mayans (en junio y septiembre de 1761 respectivamente).⁴¹ La carta de Mayans a Michaelis valora la riqueza de la tradición medieval, el esplendor del hebraísmo y el arabismo en el siglo XVI y la aportación de los conversos (Cisneros, Arias Montano) y lamenta las consecuencias culturales de la persecución de las minorías religiosas, además de localizar los manuscritos más importantes y resumir el estado de los estudios. La carta a Keene sintetiza, a partir de la Vida de Cisneros por Álvaro Gómez, el proyecto de la Políglota, sus autores y la procedencia de los manuscritos y continúa con una alabanza de Mayans hacia la labor posterior de Arias Montano, junto a su queja por el descuido de las lenguas eruditas tanto en el pasado como en su propio tiempo. Finalmente, la carta a Clarke constituye una síntesis de la erudición hispana en lenguas clásicas y bíblicas (Antonio Agustín, Arias Montano, Fernando Núñez Pintano, Pedro Juan Núñez) y de las obras publicadas después de 1700, aspecto este último en el que su selección es deliberada y expresamente personal: *novatores* (Tosca, Corachán) e historiadores críticos (Nicolás Antonio, marqués de Mondéjar, Burriel), autores valencianos (Rodríguez y Ximeno, Martí, Miñana, Segura, Agustí Sales, Jorge Juan) y catalanes (Feliu de la Penya, los hermanos Finestres, Mateu Aymerich), amén de otros eruditos (Juan Ferreras, Interián de Ayala, González de Barcia, José Bermúdez).

Clarke debió compartir en buena medida los criterios y preferencias de Mayans, como este mismo anticipaba (“Omitto alios scriptores tibi notos, quorum iudicium malo esse tuum, quam meum”) y como sugiere el cotejo de los autores por él mencionados con los incluidos por Clarke en sus *Letters*. En efecto, aunque no se pueda determinar con certeza la procedencia de sus informaciones, el influjo de Mayans resulta patente en aspectos como la referencia de Clarke a la descripción de las antigüedades de Sa-

⁴¹ A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, pp. 242-244. El inicio de la relación puede seguirse a través de la correspondencia de Mayans con Plüer (BM-SM, caja 7272-42, docs. 10921-10924 y 10929-10932). Clarke reproduce las cartas de Pérez Bayer y Mayans como apéndice a su “Letter IV. State of literature, letters, and men of learning in Spain”, pp. 81-83 y 84-90 respectivamente, excusándose por no traducirlas del latín: “As the two following Latin Epistles contain several particulars relating to the Present State of Literature in Spain, especially the latter, in which are so many curious facts and observations, together with a list of the works of his own countrymen, the Valentian Writers, from the beginning of this century, I have thought proper to insert them in this place” (p. 81). Las otras cartas las incluye, traducidas al inglés, en pp. 299-311 (“Letter XVII. An Epistle to Charles Christopher Pluer, chargé des Affaires from the Cour of Denmark to that of Madrid, written originally in Latin by Don Gregory Mayans, and containing the present State of the Hebrew and Arabic learning in Spain, and where the principal manuscripts in those branches are to be found”) y 312-321 (“Letter XVIII. An Epistle written by Don Gregorio Mayans, to the late Sir Benjamin Keene, containing a full Account of the Complutensian Polyglot”).

gunto por el deán Martí (en la reedición holandesa de 1738 a partir de las epístolas latinas publicadas por Mayans en 1735) o el elogio de la Universidad de Valencia como una de las más avanzadas de España, que ensalza de forma un tanto hiperbólica el legado de Mayans.⁴²

Al parecer, la recepción de las *Letters* en Inglaterra no fue muy favorable. Los editores de la revista literaria *Critical Review* realizaron una dura crítica de un texto que consideraron poco original, lleno de errores históricos y anécdotas triviales y de estilo seco y árido, “parecido al país que describe, con amplias zonas estériles entremezcladas con algunos lugares agradables”, juicio que un cuarto de siglo más tarde compartiría el viajero prerromántico William Beckford.⁴³ Lamentaron, en suma, que las ambiciosas pretensiones de su autor sólo hubieran producido un libro tedioso, demasiado prolijo y falto tanto de rigor en la información y un plan sistemático en la exposición como de amenidad en el estilo. Aunque reconocieron cierto interés a su descripción de un país “peor conocido en Inglaterra que los esquimales o los hotentotes” y salvaron algunas de sus aportaciones, despreciaron la panorámica presentada por Clarke sobre el estado de las letras en España, a su juicio una sucesión de citas endeble, manidos argumentos de obras inglesas e insípidas listas de autores y Universidades.⁴⁴ Mención menos negativa aunque tibia obtuvieron las cartas de los eruditos españoles: las de Mayans a Plüer y Keene, “dignas de ser hojeadas”, y las de Mayans y Pérez Bayer a Clarke, “cuyo estilo dista de ser despreciable”.

La reacción adversa de la *Critical Review* hacia las *Letters* de Clarke y su escaso aprecio de las epístolas eruditas de Mayans y Pérez Bayer sugieren que la obra no gozó del favor del público ni conectó con las tendencias literarias y de lectura de su tiempo. Destinadas en principio a una audiencia no necesariamente erudita, como advirtió el autor con cierta suficiencia al justificarse por no haber traducido unas cartas latinas que suponía de escaso interés para los legos en lenguas clásicas, las *Letters* estaban, no obstante, sobrecargadas de datos y faltas de un hilo narrativo que atrajera a ese tipo de lectores.⁴⁵ Sin duda ya en la fecha de su publicación, y en mayor medida

⁴² “The university of Valencia seems, at present, to have the fairest claim to precedence in point of learning; but that is owing solely to the example, directions, and instructions of that eminent scholar Don Gregorio Mayans y Siscar” (*ibidem*, p. 80). La referencia a Martí, en p. 209.

⁴³ *The Critical Review or Annals of literature*. Londres, A. Hamilton, 1763, vol. 15, pp. 295-302. Sobre Beckford, A. C. Guerrero, *Viajeros...*, op. cit., p. 47.

⁴⁴ Como el relato del recorrido en la carta 1ª (“entretenido”), la síntesis sobre el estado de la religión en la carta 2ª (“bien hecha e instructiva”), las informaciones sobre agricultura y economía (cartas 14ª y 15ª) o la descripción de las costumbres en la carta 19ª (“de lo mejor publicado en inglés sobre el asunto”).

⁴⁵ “Those readers, who do not understand the Latin tongue, will have no reason to regret, that there is no translation of these epistles annexed to them; since the literary history they contain, and the list of authors, would afford them but very dry entertainment” (E. Clarke, *Letters...*, op. cit., p. 90).

en las décadas siguientes, el gusto del público inglés, gran consumidor de literatura de viajes, se inclinaba hacia obras menos farragosas, de redacción más fluida y literaria y lectura amena. Por el contrario, al otro público potencial constituido por los lectores eruditos, a quienes Clarke dirigió también sus guiños, la obra pudo resultarle poco rigurosa, desfasada en algunas de sus fuentes de información y carente de una organización sistemática.⁴⁶ Su difusión, por tanto, debió ser limitada, y de hecho no volvió a editarse en su país. Mayor fortuna tuvo en Alemania, donde fue traducida por Johann Tobias Rohler, profesor en Göttingen, una Universidad con la que Mayans gozó de vínculos a través de sus corresponsales Carlos Plüer y David Clement y en la que se desarrollaron muy intensamente los estudios hispanos. La versión francesa de las *Letters* fue prohibida de forma inmediata, posiblemente por temor de que su actitud crítica hacia los Borbones españoles se extrapolará a la monarquía del país vecino.⁴⁷

El *Travel through Portugal and Spain in the years 1772 and 1773* (1775) de Richard Twiss (1747-1821), hijo de un acomodado comerciante inglés establecido en Holanda, no alcanzó tampoco gran fama entre sus contemporáneos. Su relato erudito y bien informado, testimonio de su interés por la literatura, las artes y las ciencias (fue miembro de la Royal Society) y que ofrecía en su apéndice *Breve relación de la literatura española* un amplio comentario sobre el estado de las letras, fue recibido con agrado por los autores españoles por el tono optimista con que describía los progresos del país. Sin embargo, pese a gozar de diversas ediciones en inglés y traducciones al francés y al alemán, pronto fue eclipsado por otros libros más acordes con el gusto de la época por los relatos de corte ilustrado y filosófico. Twiss visitó la ciudad de Valencia, de la que dejó una visión positiva que subrayaba, como las de tantos viajeros, la fertilidad de la tierra y riqueza de la producción agraria, pero también la fama de su Universidad, la belleza del perfil urbano marcado por los campanarios o la ordenada rotulación de las calles y numeración de las casas, aunque no desaprovechara las ocasiones para ironizar sobre la superstición religiosa, a propósito de las reliquias de la catedral o de la suspensión de las representaciones teatrales a modo de rogativa contra la sequía. Como era costumbre para los viajeros distinguidos, Twiss fue agasajado por las autoridades y por sus compatriotas: así, recibió las atenciones del capitán general, por aquel entonces el conde de Sayve, y coincidió con el médico escocés William Duncan y otros

⁴⁶ Así, los editores de la *Critical Review* fustigaron a Clarke por haber incluido como toda información sobre el estado de las ciencias en España dos discursos de Feijoo “peores que los que puede escribir un aprendiz tras pasar tres años en una farmacia de Londres” (*Critical Review*, 1763, vol. 15, p. 297).

⁴⁷ Juan Bautista Codina Bas (ed.), *Viajeros británicos por la Valencia de la Ilustración*. Valencia, 1996, p. 22.

ingleses en bailes y conciertos.⁴⁸ Entre los eruditos valencianos, menciona solamente a dos: Jorge Juan y Gregorio Mayans. Quiso visitar al primero, retirado en su villa natal de Novelda, pero hubo de renunciar a hacerlo a causa de su enfermedad (de hecho, el matemático moriría pocas semanas después, como consignó el propio Twiss en su relato).⁴⁹ Por otra parte, no parece que tampoco llegara a conocer personalmente a Mayans, “un caballero que todavía vive en Valencia”, de quien menciona una de sus obras: las cartas de Nicolás Antonio y Antonio Solís, publicadas en Lyon junto con el discurso sobre la elocuencia española.⁵⁰

Como la mayor parte de los viajeros por tierras valencianas, Henry Swinburne (1743-1803), en su viaje por España entre 1775 y 1776, cumplió con el ritual de visitar las ruinas romanas de Sagunto, que despertaron el interés de Clarke, de Talbot Dillon e incluso de Giacomo Casanova. Para describir las ruinas con cierto detalle, Swinburne se ayuda de la larga y erudita disertación incluida en las cartas latinas del deán Martí, de cuyo interés e iniciativas para la conservación del teatro saguntino se hizo eco con agrado.⁵¹ Asimismo, en otro pasaje de su relato vuelve a utilizar las epístolas del deán para poner en evidencia con sus propias palabras, escritas en 1722 en carta al conde Scipione Maffei, la general indiferencia e incluso hostilidad que en la España de su época se albergaba hacia las antigüedades, ruinas e inscripciones, contrastando con la pasión por el pasado clásico y sus vestigios materiales que, nacida con el humanismo renacentista, se había desarrollado intensamente en los círculos eruditos europeos de los siglos XVII y XVIII, particularmente en Italia, donde Martí había pasado años muy formativos y donde mantuvo vínculos y relaciones intelectuales. Un interés que Swinburne y otros viajeros compartían, lo que explica que cite *in extenso* las frases rotundas de Martí atribuyendo a la superstición religiosa y el oscurantismo clerical la destrucción de gran parte del patrimonio español, si bien Swinburne, prudente, afirma creer que la situación había mejorado desde la época del deán.⁵² Traza también breves semblanzas de algu-

⁴⁸ Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 144 y ss.

⁴⁹ “Aquí tenía la intención de hacer una visita al insigne don Jorge Juan, quien ha publicado junto con don Antonio de Ulloa, una descripción de América (en cuatro volúmenes en folio pequeño) que está traducida al inglés; pero al enterarme de que guardaba cama debido a una enfermedad, decidí no molestarle. A las pocas semanas falleció” (*ibidem*, p. 157).

⁵⁰ *Ibidem*, p. 283. Se trata de las *Cartas de Don Nicolás Antonio, de Don Antonio de Solís i de Don Christoval Crespi de Valldaura, con una breve noticia de las vidas de los dos primeros Autores, i la Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la Elocuencia Española*. Lyon, De Ville y L. Chalmette, 1733.

⁵¹ Henry Swinburne, *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. Londres, 1779, en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, *op. cit.*, p. 129 y nota 1: “Martí obtuvo de los magistrados un decreto público que aplicaba castigos a todo aquel que lo dañara del modo que fuese”.

⁵² Transcribe Swinburne de la carta de Martí a Scipione Maffei: “No existe país, a excepción de Italia, en el que abunden más monumentos antiguos que en España: en todas las pro-

nos intelectuales valencianos: de Francisco Pérez Bayer, preceptor de los infantes, en quien destaca su erudición clásica y conocimiento de lenguas y subraya, como mérito poco frecuente, su experiencia viajera por Italia; de Gregorio Mayans, “erudito de gran conocimiento y sentimientos liberales”, cuyas obras enumera brevemente; de Antonio Ponz, a quien elogia por su contribución a la reforma del gusto arquitectónico a través de las proliferas descripciones y críticas de su *Viaje de España*, o del ya fallecido Jorge Juan.⁵³

Sin embargo, de todos los viajeros extranjeros que visitaron las tierras valencianas en el siglo XVIII dejando por escrito sus impresiones, fue sin duda el irlandés John Talbot Dillon (1740?-1805) quien mostró mayor interés y aprecio por el ambiente intelectual valenciano. Diputado en el Parlamento irlandés entre 1771-1783 y gran viajero, Dillon desarrolló un interés hacia nuestro país y un conocimiento bastante profundo de la cultura española. Su itinerario por España en 1778 dio lugar a la publicación de dos obras, *Travels through Spain with a view to illustrate the natural History* (1780) y *Letters from an English traveller in Spain in 1778 on the Origin and Progress of Poetry* (1781), la primera de las cuales sería traducida al alemán en 1782; además, tradujo al inglés una carta de Mengs a Ponz sobre la pintura (*Sketches on the art of painting*, 1782).⁵⁴

vincias pueden encontrarse restos de puentes, acueductos, templos, teatros, circos, anfiteatros y otros edificios públicos; la mayoría de los cuales han quedado reducidos a su actual condición deplorable debido a las atrocidades de sus habitantes más que al paso del tiempo. Tal es la naturaleza y el espíritu de los españoles que para derrocar los monumentos paganos y romanos, se cuenta entre ellos uno de los actos de piedad más meritorios y de más eficacia que es el de darles la bendición del Todopoderoso. ¡Ay! ¡Qué devoción tan absurda! Pero, ¿cómo podría ser de otro modo en un reino en el que manda una estúpida y odiosa tribu monjil donde se piensa que es un crimen desviarse un ápice de las reglas impuestas por los burros encapuchados? Cualquier cosa que farfullen se venera como oráculos ancestrales salidos del tripode delfico. Los holgazanes, elevados por esa nauseabunda adoración, rugen las penas del infierno contra todo el que se atreva a fijar su atención en una estatua antigua. Cuando se desentierra alguna cosa de ese tipo sus manos salvajes la agarran, rompen, desfiguran y por si la pura luz del sol se profanara a la vista de tal abominación se quema hasta convertirla en cal, o se entierra de nuevo. Si por casualidad se descubriera el busto de un emperador, filósofo u orador gritan, «¡es un ídolo! ¡lleváoslo! ¡destruidlo!» e instantáneamente sufre el destino de Dagon. El vulgo destruye todas las inscripciones ya que creen que sus letras están diseñadas para encerrar algunos espíritus impuros como guardianes de tesoros escondidos. Son inmensas las cantidades de inscripciones desfiguradas o arrojadas a agujeros donde yacieron durante tantas épocas. Muchas fueron enviadas a Francia, y durante la última guerra de Sucesión, dos viajeros ingleses las embarcaron en dos barcos con monumentos antiguos e inscripciones históricas que habían recogido cerca de Tarragona”. A continuación (nota 2, pp. 148-149), Swinburne añade otros ejemplos de desprecio hacia las antigüedades que habían tenido lugar en territorio valenciano: el enterramiento de inscripciones romanas en los cimientos del puente de Serranos (reseñado por Ponz en la carta IX, libro IV, de su *Viaje por España* y atribuido por Swinburne al rector de la Universidad Joan Salaya) y las acciones de los franciscanos de Sta. María del Pino, en Oliva.

⁵³ *Ibidem*, p. 148.

⁵⁴ A. C. Guerrero, *Viajeros...*, op. cit., pp. 67-69.

Talbot Dillon llegó a conocer personalmente, en su retiro de Oliva, a un Mayans ya anciano, presentado a sus lectores ingleses como el autor de la *Vida de Cervantes* y de quien menciona también su edición de las cartas latinas de Martí acompañada por la *Vida* del deán, así como a su hermano Juan Antonio, del que consigna su obra sobre la historia y antigüedades de Elche.⁵⁵ Dillon apreció la erudición y amabilidad de don Gregorio, dio cuenta de sus trabajos en curso, ponderó su rica biblioteca y narró su caída en desgracia por los avatares de la política, aprovechando para convertir ese episodio de censura y persecución, por contraste, en un elogio de las libertades británicas:

He tenido el placer de conocer al instruido y cortés don Gregorio Mayans, antiguamente bibliotecario del rey, que ahora vive aquí, y que tiene una buena hacienda en este país y a su amabilidad estoy muy debido por sus muchas cortesías, además de por una gran información. Darle una enumeración de sus numerosos escritos en casi todas las ramas de la literatura y jurisprudencia llenaría un volumen. Usted ha leído su vida de Cervantes, aneja a la edición Carteret de don Quijote. Ahora está escribiendo la vida de Virgilio y está en posesión de una muy curiosa y valiosa biblioteca, principalmente de los escritores de su propio país, con muchos manuscritos poco corrientes y una numerosa colección de las viejas traducciones españolas de los clásicos latinos y griegos. Se encuentra en una edad avanzada, pero todavía conserva una gran vivacidad y una disposición de lo más afable añadidas a una sorprendente disposición. Durante las intrigas de los jesuitas, quienes le tenían miedo, su casa y su biblioteca fueron cerradas por una fuerza armada; los dragones irrumpieron en su estudio y se llevaron muchos de sus libros en nombre de la autoridad... ¡Oh, feliz Inglaterra! donde la propiedad de los individuos es sagrada y donde la mínima violación de la libertad se topa con un enérgico y justo resentimiento de la gente...⁵⁶

La visita de Talbot Dillon a Novelda le proporcionó también ocasión para referirse extensamente a la figura y la obra del difunto Jorge Juan, uno de los intelectuales españoles más conocidos y con mayor frecuencia citados por los viajeros británicos.⁵⁷ En conjunto, Talbot Dillon parece haber

⁵⁵ John Talbot Dillon, *Letters from an English Traveller in Spain on the Origin and Progress of Poetry* (1781), en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, op. cit., p. 170, nota 13: “La mejor edición de las cartas de Martí «Aloisi Martini epistolae» con una ilustración de Sagunto, en el 410, [sic] fue imprimida en Holanda en una edición de 2 volúmenes; y la vida en otro volumen escrito por Mayans, impreso en Madrid por Sir Benjamin Keene. Ahora esta edición escasea y es apreciada en España, pero la edición holandesa es mejor”.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 181-182. “Las antigüedades de Elche han sido recientemente ilustradas por D. Antonio Mayans, canónigo de Valencia, hermano de D. Gregorio Mayans y Siscar, el célebre escritor. Veán «Ilici hoi la villa de Elche ilustrada con varios discursos, por Don Juan Antonio Mayans y Siscar». Valencia, 1771”. *Ibidem*, p. 153, nota 1.

⁵⁷ Su interés por los monumentos e inscripciones llevó a Talbot Dillon a transcribir por entero el texto latino, seguido de su traducción al inglés, del monumento erigido en memoria de Jorge Juan por sus hermanos en la iglesia de San Martín de Madrid, donde estaba enterrado; a continuación consignó las principales obras del ilustre marino. *Ibidem*, pp. 156-157, nota 4.

apreciado la producción intelectual y literaria valenciana, como se desprende de la exclamación hiperbólica que abre su carta XVII, dedicada a las "Observaciones hechas en Valencia y sus alrededores", en la cual la evocación de la belleza natural del entorno se completa con una referencia elogiosa y erudita al talento de los escritores locales.⁵⁸ En gran medida, esta alabanza responde a las convenciones que pesan sobre los relatos de viajes y sobre la propia experiencia subjetiva del viajero de la época moderna, obligado a consignar "maravillas" de distinto signo (arquitectónicas o paisajísticas, de la naturaleza tanto como de las costumbres, el arte y la cultura) para agradar a sus lectores y justificar el interés de su viaje. Sin embargo, también trasluce la afinidad entre el tipo de viajero clasicista representado por Clarke, Dillon o, hasta cierto punto, Swinburne, y autores de talante humanístico y erudito como los hermanos Mayans. Es el modelo del viajero anticuario (fijado en la literatura por obras como la de Addison y en la práctica por la costumbre del viaje a Italia), preocupado por inventariar monumentos, antigüedades y ruinas, que sería reemplazado más avanzado el siglo por el del viajero filosófico, atento a la descripción analítica de las instituciones, sociedad y costumbres del país visitado.

A este nuevo modelo de viajero y narrador responde el médico y ministro anglicano Joseph Townsend (1739-1816), que visitó España entre 1786 y 1787, dejando constancia de su recorrido en una obra publicada en 1791 cuyo éxito le valió nuevas ediciones en inglés y francés. Su prolongada estancia en Valencia y las relaciones que allí entabló, en particular con el capitán general, duque de Crillon, le permitieron formarse una opinión acerca de la vida cultural en la ciudad. Sin embargo, lo que hallamos en su obra no son tanto, como en Swinburne o Dillon, retratos individuales de hombres de letras como otras consideraciones que sugieren una mirada distinta sobre la vida cultural. Descripciones e impresiones en las que el interés se centra en los espacios y formas de producción y difusión de la cultura: instituciones culturales, como la Universidad o la imprenta, formas de relación, ocio y sociabilidad que incluyen manifestaciones artísticas y musicales, como los "refrescos" y fiestas, y también, desde su particular interés profesional, la formación teórica y condiciones de ejercicio de la Medicina. En este sentido, Townsend describe con interés la organización y funcionamiento de la Universidad valenciana, alaba la riqueza de su biblioteca ("contiene muchos miles de libros") y valora con aprobación sus enseñan-

zas, en particular los cambios introducidos por el plan Blasco, recién aprobado y que elogió calurosamente ("si llegara a ejecutarse, haría de su universidad una de las más respetables de Europa"), tanto como a su autor ("el rector es un hombre de profundos conocimientos y muy preocupado por el progreso de la ciencia en su comunidad").⁵⁹

En el ámbito de la medicina y la ciencia, el que más le interesaba, el plan de 1786 había supuesto el fomento de la práctica clínica y la adopción de autores modernos, como Beaume, Macquer, Murray, Heister, Boerhaave, Home, Van Swieten y Cullen.⁶⁰ Como médico formado en la prestigiosa Universidad de Edimburgo y discípulo del célebre William Cullen, Townsend estaba particularmente capacitado para apreciar este esfuerzo renovador de la enseñanza médica en la Universidad de Valencia y valorar sus carencias (la no utilización de Haller y Gaubius o de la *Synopsis Nosologiae Methodicae*, a su juicio la mejor obra de Cullen), así como para apreciar errores en la práctica de los médicos o lamentar su insuficiente consideración social y económica. Sus conversaciones con sus colegas valencianos y la oportunidad de colaborar en el diagnóstico de un enfermo a instancias del duque de Crillon le permitieron forjarse una impresión bastante ponderada del trabajo de los médicos y expresar su confianza en que tanto su formación como su honorabilidad social fueran progresando en la medida en que lo hicieran la prosperidad y las Luces en España.⁶¹

Townsend se interesó también por la imprenta y valoró como parangonable e incluso superior a la de otros países europeos la calidad del trabajo del impresor valenciano Monfort, a partir de una de sus ediciones de mayor mérito, los grabados de monedas que componían la obra de Pérez Bayer *De nummis Hebraeo-Samaritanis* (1781). Como colofón de su doble alabanza al autor intelectual y a los artífices materiales de ese trabajo, el médico inglés afirma que si la literatura renaciera en España habría de hacerlo en Valencia, por el ingenio de sus eruditos y la perfección de la imprenta, exclamación que, sin embargo, no cabe tomar de forma literal sino apreciar en el contexto más amplio de su relato, menos centrado que los de otros viajeros en la Corte y atento a subrayar otros focos de dinamismo cultural y social en la periferia, como Barcelona o Valencia. En esta ciudad Townsend participó también de la vida cultural en su sentido más amplio de ocio y trato social. Acudió, en compañía de los duques de Crillon, a una representación cómica en el Grao de Valencia (ya que, como no omitió subrayar, la Casa de Comedias había sido clausurada y posteriormente derruida a instancias

⁵⁸ "...[E]l gran arquitecto del universo ha vertido en ti innumerables bendiciones para hacer tu felicidad completa, y para que seas la admiración del mundo, inspirando al mismo tiempo a tus hijos con los más exaltados talentos para cantar perpetuamente tus alabanzas". Para apoyar esta afirmación Talbot Dillon cita la obra de Ximeno *Escritores del Reino de Valencia* (1749), subrayando admirativamente que "Una relación de los escritores de sólo el Reino de Valencia, nos da un trabajo de dos volúmenes de folio". *Ibidem*, p. 167 y nota 11.

⁵⁹ Véase la edición facsímil: *Plan de estudios aprobado por S.M. y mandado observar en la Universidad de Valencia*. Valencia, 1984, con estudios de los profesores Albiñana, Esteban, Mestre, J. L. y M. Peset sobre el significado del nuevo plan.

⁶⁰ Joseph Townsend, *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787* (1792), en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, op. cit., pp. 233-234.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 249-250.